

“Donde antes había sociedades –y mercados– nacionales ahora hay un imparable proceso hacia una sociedad y una economía global”



¿Cómo se puede armonizar democracia y competitividad en un mundo que compite a escala planetaria?

Ésta es la pregunta de nuestros días, que ha puesto sobre el tapete la cues-

tion de la relevancia de la democracia en un mundo crecientemente interconectado. El problema lo plantearía en los siguientes términos: ¿qué sentido tiene el gobierno democrático cuando la mayoría de las decisiones que más nos afectan se escapan a nuestro control político directo? Como acabamos

de ver en Grecia, y también en España, la política aparece subordinada a cuestiones que la trascienden, ya sean los famosos “mercados” o el proceso de integración económica europea. Hay, qué duda cabe, una crisis de *ámbito* de la democracia. O, lo que es lo mismo, que las unidades de acción política go-

bernadas mediante procesos democráticos ya no sirven para gestionar la mayoría de las cuestiones sociales y económicas que nos afectan en el ámbito del Estado-nación. Donde antes había sociedades —y mercados— nacionales ahora hay un imparable proceso hacia una sociedad y una economía global. Pero, y aquí está el problema, las unidades de decisión política siguen estando fragmentadas, se reconducen a los distintos Estados. El problema es, pues, el “localismo de la política”.

Algunas manifestaciones de este localismo nos las encontramos en la gran dificultad para llegar a acuerdos en instancias tales como el G-20. El propio proceso de unión europea parece haber tocado fondo también, con lo cual se va abriendo cada más la fractura entre fragmentación política, por un lado, y globalización, por otro. Eso que hoy recibe el nombre de gobernanza global, dirigido a establecer un control político sobre todo ese conjunto de fenómenos que nos afectan a todos pero que no podemos resolver por nosotros mismos, es ya una necesidad ineludible.

Volviendo a la democracia, el problema es, como acabamos de ver, de difícil resolución porque hasta ahora ha fracasado cualquier intento por conseguir una democracia más allá del Estado-nación. El intento más ambicioso, el de la UE, no consigue infundir interés a los ciudadanos y está lejos de trasladar la lógica parlamentaria de las democracias nacionales al ámbito continental. Hoy nos tenemos que dar por satisfechos con que sean nuestros gobiernos quienes hablen en nuestro nombre en cualesquiera que sean las instancias parlamentarias en las que actúen. Si fueran eficaces no sería poco.

Fernando, en esta época de exceso de datos y falta de información, ¿qué fuentes estadísticas utilizas para fundar tus análisis?

He de decir, que en mis análisis politológicos no suelo acudir en exceso a estadísticas. Mi propia especialidad, la

teoría política normativa, no los precisa necesariamente. Algunas veces, sin embargo, es imprescindible contrastar datos, sobre todo datos de opinión, y en esos casos suelo acudir a las encuestas, generalmente a las del CIS, pero también de otros estudios de opinión. Confieso que, en tanto que ciudadano que quiere estar informado, siento una gran predilección por las estadísticas que recoge habitualmente el semanario *The Economist* sobre una gran variedad de temas. A ese respecto es una fuente de información estupenda.

Cerramos todas las entrevistas pidiendo un deseo, expresando un temor y formulando una esperanza para España en los próximos 20 años

Mi deseo en esta situación de crisis y de cierta desesperanza es que no sólo no nos quedemos como estamos, sino que podamos seguir progresando como lo hemos venido haciendo en la última década. Y no me refiero sólo al crecimiento económico. También en cuestiones tales como cohesión social, democratización, educación y todas aquellas variables que denotan una mayor capacidad de desarrollo social y humano.

Mi temor es doble. Primero, que no lo logremos, que no seamos capaces de hacer frente a la creciente competitividad que se exige en estos tiempos; o que lo consigamos a costa de renunciar a muchos de los derechos sociales ya conquistados. En segundo lugar, que se frustre el proceso de integración europea. Como he dicho antes, sólo profundizando en la unidad de Europa podremos superar los procesos que nos afligen.

La esperanza la pongo en la propia sociedad española. Como ya ha demostrado en momentos históricos recientes, se trata de una *sociedad* que ha tenido la capacidad de sobreponerse a momentos tremendamente críticos. Ojo, estoy diciendo la sociedad, no tanto la política.



Fernando Vallespín Oña

CATEDRÁTICO DE CIENCIA POLÍTICA

Es Catedrático de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid, universidad en la que ha ejercido casi toda su carrera académica, y donde ha ocupado cargos como el de Vicerrector de Cultura, la Dirección del Depto. de Ciencia Política o director del Centro de Teoría Política de dicha universidad. Ha sido becario Fulbright en la universidad de Harvard, y profesor visitante en las de Frankfurt y Heidelberg, Veracruz y Malasia. Ha publicado varios libros y casi un centenar de artículos académicos y capítulos de libros de Ciencia y Teoría política en revistas españolas y extranjeras, con especial predilección por la teoría política contemporánea. Colabora habitualmente en el diario *El País*. Ha sido Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas de mayo de 2004 a mayo de 2008.